

GERARDO DIEGO Y JUAN LARREA A TRAVÉS DE SU EPISTOLARIO

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Universidad de Murcia

La investigación y el conocimiento de la historia literaria más reciente se enriquece día a día por diferentes medios, pero ninguno hay de resultados tan llamativos como el producido por los epistolarios que, en los últimos años, se han publicado en diferentes medios editoriales. El sector de la historia literaria reciente que ha recibido una mayor atención en este sentido, es el grupo de escritores que conocemos con el nombre de «generación del 27» o «grupo del 27», generación de la «Joven Literatura», en el amplio ámbito de la denominada Edad de Plata de la Literatura Española, aunque Gerardo Diego y otros preferían hablar de Segundo Siglo de Oro de la poesía española. Es decir el período entre 1898 y 1936.

El papel fundamental de la Residencia de Estudiantes, de su sección de Publicaciones, y, más en concreto aún, del Grupo de Investigación *Epístola*, patrocinado en gran parte por el Ministerio de Economía y Competitividad, dentro del Plan Nacional de Investigación, que lleva adelante un proyecto de investigación impulsado por la Fundación Francisco Giner de los Ríos en colaboración con la Residencia de Estudiantes, en Madrid, orientado a la recuperación y edición digital de la correspondencia (o epistolarios) de las personalidades más reseñables de la Edad de Plata de la cultura española (1898-1936). La edición de la correspondencia de estos y otros autores aporta datos muy necesarios para la reconstrucción de la historia cultural de este período.

El proyecto *Epístola* ha creado durante los últimos años una colección específica bajo el sello editorial de Amigos de la Residencia de Estudiantes, donde se han ido dando a conocer los trabajos del grupo de investigación, hasta ahora, fundamentalmente, en papel, aunque se está trabajando en la aplicación de las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) para el tratamiento documental, lingüístico y editorial de los epistolarios de la Edad de Plata y favorecer así su investigación filológica e historiográfica.

Recientemente, también, se van llevando a cabo valoraciones críticas sobre el alcance de este enorme patrimonio documental que tanto interés tiene para conocer los entresijos más menudos de la historia literaria. Un número de la revista *Montea-*

gudo, de la Universidad de Murcia, dedicado monográficamente a esta interesante parcela de la documentación literaria, puso de manifiesto, ya en 1998, los resultados y efectos que produce la presencia constante de nuevos epistolarios. Ya entonces se estableció que el estudio de la literatura puede servirse de numerosos elementos auxiliares, algunos de ellos de carácter documental, que, en un momento dado, permiten aproximarse al escritor y a su mundo, a sus relaciones personales, familiares y amistosas.

Los epistolarios han facilitado a lo largo de la historia literaria nuestro conocimiento del autor, de su obra y de su circunstancia. Cartas escritas sin una intención declaradamente literaria, cartas enviadas para servir de vehículo de comunicación, incluso a veces reducidas al ámbito de lo entrañablemente familiar, se convierten, con el paso del tiempo, y sobre todo debido a la categoría de los firmantes, en documentos insustituibles que nos ayudan a mejor conocer la obra del autor preferido y de sus amigos, en muchas ocasiones también escritores.

No es la literatura española, justamente, una literatura que haya prodigado a lo largo de la historia en el género de la epístola literaria como lo puede ser la literatura inglesa. Sin embargo, algunas generaciones de escritores españoles, y singularmente la promoción de poetas surgida en la España de los años veinte, cultivaron la carta privada con elevada altura intelectual, con auténtica categoría literaria. El conocimiento de tales fuentes documentales está aportando datos novedosos y completando pormenores de vidas y obras.

Y a este espléndido conjunto, viene ahora a sumarse afortunadamente para los lectores y para los estudiosos este enjundioso *Epistolario (1916-1980)*, de Gerardo Diego y Juan Larrea.¹

Daba la sensación de que, en la larguísima amistad entre estos dos grandes poetas españoles del siglo XX, Gerardo Diego y Juan Larrea, el que llevaba la iniciativa y dominaba sobre el otro era Larrea, algo mayor, ya que nació en Bilbao en marzo de 1895, mientras que Gerardo había nacido en Santander en octubre de 1896. Ambos se conocieron como estudiantes en la Universidad de Deusto y siguieron siendo amigos, a pesar de las diferencias de criterio en muchos asuntos, hasta la ancianidad. Esta impresión de dominio por parte del bilbaíno la daba el hecho de que sus cartas eran conocidas desde los años ochenta (se conservaban en los archivos familiares de Gerardo) y las del poeta de Santander se han conocido ahora, cuando se han podido reunir en la Residencia de Estudiantes después de los muchos avatares biográficos de Larrea, exiliado en América hasta su muerte.

¹ Gerardo Diego-Juan Larrea, *Epistolario (1916-1980)*, edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu y José Luis Bernal Salgado, Madrid, Fundación Gerardo Diego-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2017, 1015 págs.

Ahora, gracias a la iniciativa del grupo Epístola de la Residencia de Estudiantes, con la colaboración de la Fundación Gerardo Diego, la Universidad de Extremadura y el Gobierno de Aragón, por fin se ha podido editar este monumental volumen de más de mil páginas, que reúne el *Epistolario* completo entre 1916 y 1980 de ambos, en edición al cuidado de Juan Manuel Díaz de Guereñu y José Luis Bernal Salgado, catedráticos de las universidades de Deusto y Extremadura y máximos especialistas en ambos poetas.²

Disponemos a partir de ahora de un conjunto de documentos excepcional por el número de misivas que reúne, por su extensión temporal (sesenta y cinco años), y por la multitud de datos y de informaciones que se van suministrando tanto sobre la vida personal de sus autores como sobre los acontecimientos literarios, sociales y políticos de toda una larga etapa, centrada sobre todo en dos épocas: los años anteriores a la Guerra de España y la recuperación del contacto epistolar ya a finales de los años cuarenta hasta 1980. En total son 414 cartas, aunque la mayoría de ellas (384) van de la fecha inicial al 25 de junio de 1937, cuando la correspondencia se interrumpe en plena Guerra. 217 cartas fueron escritas por Juan y 197 por Gerardo. Casi todas las de Larrea (213) se publicaron en 1986 en el libro *Cartas a Gerardo Diego. 1916-1980*. Las cartas contienen, además, los textos de 31 poemas de Larrea (más uno traducido del francés por Diego) y de 69 de Diego. La mayoría son inéditos o versiones tempranas de poemas luego publicados.

Es muy interesante confirmar la amistad entre los dos corresponsales, pero desde esa amistad ir descubriendo las diferencias de criterio en muchos aspectos, que van surgiendo conforme avanzan los años, en relación con las ideas literarias pero también incluso en cuestiones referidas a la sociedad y a la política de su tiempo. Hay que destacar algunas sorpresas llamativas. Cuando se produce el estallido de la Guerra los corresponsales están lejos pero no por eso se dejan de enviar sus sensaciones ante el tremendo panorama que se produce en España. Hay una carta del vehemente y polémico Juan Larrea, de 28 de febrero de 1937, que ocupa 68 hojas manuscritas por ambas caras, y que define con claridad su postura ante la situación de España bien distinta de la que Gerardo Diego tenía, refugiados ambos en ese momento de Francia, aunque en distintas regiones.

Pero es que, en los años anteriores, habían mostrado claras discrepancias, ya en 1919, al adoptar una determinada postura poética, o en 1926 y en 1927 en torno a las conmemoraciones gongorinas que organizó Gerardo Diego, o en 1933 al expresar el poeta de Santander su disconformidad con un libro poético de Larrea. Se demuestra

² Hay que destacar en la gestión de esta magna obra el papel realizado por la Fundación Gerardo Diego como Centro de Documentación de la Poesía Española del Siglo XX, atenta siempre a la pulcritud y al rigor editorial y documental de sus publicaciones.

así tras la lectura de esta intensa comunicación epistolar que Gerardo Diego «dio pruebas de una osadía y una determinación que desmienten toda confesión de minoridad», como señalan los editores en el estudio preliminar.

Como también se descubre que Larrea no era tan rebelde ni tan altanero como ha trascendido a la historia sino más bien condescendiente e inseguro hasta el punto de pedir consejo y ayuda a Gerardo para todo, incluso económicamente y en asuntos muy privados. Porque uno de los espacios más emotivos de estas cartas lo ocupan las confidencias personales entre los dos amigos, desde muy jóvenes, donde se habla de noviazgos, familia, proyectos personales y futuro con todo detalle.

El hecho de que nunca vivieran en la misma ciudad sino en las más diversas capitales del ancho mundo provocó que este epistolario se fuera extendiendo en el tiempo hasta convertirse en un conjunto de páginas imprescindible para entender la historia de la poesía española del siglo XX.

Hay que insistir, desde luego, en el valor histórico de esta correspondencia no solo por la multitud de datos que ofrece, sino también por el significado de esos datos, que afectan no solo a los dos poetas corresponsales sino a todos los escritores una época de España, la Edad de Plata de la historia de la poesía española. Los editores insisten en ello en las páginas de su estudio preliminar, introductorias a la edición cuando advierten que se puede seguir el rastro a proyectos incumplidos, a obras realizadas por los dos corresponsales y al destino que estos proyectos llegaron a alcanzar. Se hace patente, gracias a estas cartas, y también a los numerosos poemas que en ellas figuran trascritos, que ya sabemos que son más de un centenar, y muchos de ellos no recogidos luego en los libros editados en los años siguientes, e incluso alguno de ellos en versiones primigenias que luego fueron transformadas, cómo se iba gestando en el taller de cada poeta su escritura desde los inicios entusiastas y emprendedores que ambos querían llevar a cabo imponiendo unas dotes de originalidad que en todo momento ansiaron, buscaron y promovieron.

En este aspecto es muy advertible la colaboración generosa entre ambos a que se refieren los editores, sobre todo a la hora de aconsejar e incluso de juzgar la tarea del amigo. Por las cartas sabemos que Larrea no solo criticó sin miramientos los poemas del primer libro vanguardista de Diego, *Imagen*, incluso antes de que el libro fuese llevado a la imprenta, sino que además sabemos que colaboró, una vez que se decidió su publicación, en la corrección de las pruebas de imprenta. Del mismo modo, por estas cartas, tenemos muy claro cuánto hizo Gerardo Diego porque por fin se pudiera publicar el primer libro de poesía de Juan Larrea, *Oscuro dominio*, ya en 1934, cuyo contenido contribuyó a perfilar y ordenar el poeta de Santander.

Al entrar en el taller de unos escritores como ellos en su etapa de formación, descubrimos detalles que revelan cuáles eran sus proyectos y sobre todo cuáles eran sus

objetivos innovadores y rompedores de lo establecido, en un momento muy especial del resurgir de la nueva poesía del siglo XX en España.

Pero también se descubre con facilidad lo distintos que eran. Porque en estas cartas se advierte que eran diferentes tanto respecto a la propia escritura como a su participación en los ambientes literarios. Y así desde el principio hasta el final. Las actividades de Gerardo Diego eran muy intensas desde bien pronto: acude a tertulias y actos, publica en numerosas revistas consagradas y nacientes, pronuncia conferencias, algunas con sobresaliente repercusión, y reúne poemas suyos que organiza para publicar un libro detrás de otro. Está plenamente incorporado en el mundillo literario establecido y en él se presenta como un activo creador de vanguardia y cultivador y promotor del creacionismo. Al mismo tiempo llevaba adelante una incipiente actividad de investigación de la historia literaria con descubrimientos y ediciones también celebrados y participación en prestigiosas revistas académicas.

Sin embargo Juan Larrea, excepción hecha de un arrebato sonado en 1919 cuando decidió ser colaborador asiduo de revistas ultraístas, y aunque intentó lograr, por consejo de Gerardo Diego, algunos contactos útiles, se limitó a componer algunos versos, raramente se planteó reunirlos en un libro, decisión que al final no llevó a cabo, y habrá que esperar hasta la ya avanzada fecha de 1926 para que acometa la publicación de su revista *Favorables París Poema*, de efímera existencia, algo que, por cierto, era habitual y normal en las publicaciones de revistas poéticas de aquellos años. El caso es que, a pesar de ser requerido en muchas ocasiones por Gerardo Diego, para entrar en una más notoria actividad, entre desidias y desdenes, como señalan los editores en su estudio preliminar, «se forjará una figura de altiva exigencia que tendrá en Diego a su principal promotor».

Favorables París Poema fue editada en París por Juan Larrea y César Vallejo en 1926 y es la última gran revista de la vanguardia española. No publicó nada más que dos números y en ella colaboraron Gerardo Diego, Juan Gris y Vicente Huidobro, entre otros. Marca las distancias entre los creacionistas (o cubistas literarios) y el ya caduco ultraísmo, y apuesta por una nueva poesía basada en la emoción creadora, de acuerdo con los aires innovadores propiciados por Larrea y Huidobro.

Hay que recordar que la obra de Juan Larrea es muy breve: *Oscuro dominio* (México, Alcancía, 1934), *Versión celeste* (Barcelona, Barral, 1970), *Orbe* (Barcelona, Seix Barral, 1990), y sólo *Versión celeste* conoce edición crítica, de Miguel Nieto y de 1989.

De los tres poetas creacionistas españoles, Juan Larrea, Gerardo Diego y Luis Álvarez Piñer, el más peregrino fue Larrea, personaje distante donde los haya y un auténtico desconocido para la poesía española durante muchos años. Ni siquiera, a la hora de clasificar su poesía, se ha llegado a un consenso o a una unanimidad que le

haya identificado. Ultraísta, creacionista e incluso surrealista, y como surrealista ha aparecido catalogado por alguno de los estudiosos más importantes del movimiento como Vittorio Bodini. El poeta de Bilbao, compañero en la Universidad de Deusto de Gerardo Diego y amigo durante muchos años, fue autor de una obra poética muy difícil y dispersa.

Es evidente que el propio Gerardo Diego fue a lo largo del tiempo su mentor y promotor, y con tanta frecuencia en aquellos primeros años se refería a él y con tanto denuedo luchó por dar a conocer sus poemas, traducidos por él mismo, en algunos casos, del francés, que se llegó a pensar que Juan Larrea era un invento de Gerardo Diego, incluso un seudónimo suyo para firmar los poemas más atrevidos o más audaces, más vanguardistas o más avanzados. Sólo cuando apareció su fotografía en la *Antología* de Gerardo Diego en 1932, se confirmó que era un personaje real.

Hay otros dos datos que llaman la atención respecto a Juan Larrea: y desde luego, en primer lugar, esa presencia en la *Antología* de Diego, en 1932. Está establecido, y quedan muy pocas dudas al respecto, que la selección de poetas se hizo entre muchos: la lista, como asegura el propio Gerardo, se elaboró sin duda con una intención selectiva que luego provocó muchas de las críticas más aceradas que la *Antología* habría de recibir. La idea de que estaban los poetas de la generación que entonces se llamó de la «Joven Literatura» estableciendo un canon parece clara. Y, desde luego, la presencia de Larrea, entre los escogidos llamó y aun hoy llama poderosamente la atención. Pero no hay dudas de por qué forma parte de ella Juan Larrea, que en 1932, justamente en la fecha de la *Antología*, dejaría de escribir poesía: su presencia en la *Antología*, no hay duda ninguna, se debe al propio Gerardo Diego, en un último intento de integrar al poeta bilbaíno en los movimientos de innovación que inspiraron la nueva generación, ya consolidada a la altura de 1932, junto a los poetas que habrían de figurar en la *Antología* de 1932. El otro hecho sobresaliente es justamente que en 1932 Larrea, como hemos adelantado, dejó de escribir poesía. Por supuesto, en España sería un desconocido, un olvidado, un raro, hasta que Barral, en Barcelona, publica todas sus poesías con el título de *Versión celeste*, pero era ya en 1970. Un año antes apareció una edición italiana.

Juan Larrea, que nunca fue un poeta ultraísta convencido, se dejó felizmente arrastrar por el creacionismo, en los años en que se practicó un creacionismo puro, fiel al estilo de Huidobro desde mediados de 1919 hasta 1924. Más tarde, ya en 1926 en adelante, y bajo la influencia del peruano César Vallejo, desarrolló un creacionismo personal lleno de sentimientos metafísicos. Hay que recordar ahora estas palabras de Juan Larrea, pertenecientes a una conocida carta de 9 de junio de 1919 dirigida a Gerardo Diego, en las que Larrea confiesa su adscripción al movimiento más convincente y expresivo de Vicente Huidobro: «lo que he hecho arranca de

Huidobro en línea recta, pero aguardo un despertar con nuevos derroteros [...] Los ultraístas son los antípodas del creacionismo que no admite la descripción, lo exterior y sencillo en el sistema [...] el creacionismo en cambio tiene, por lo menos, un admirable poeta: Huidobro». También son interesantes, de esta misma carta, sus reflexiones sobre la imagen, la famosa imagen creadora o imagen autónoma que defendía los creacionistas: «Antiguamente la imagen era un refuerzo, nacía necesariamente muerta. Hoy, al revés: la imagen se mueve, vive por sí misma y es capaz de abrazarse a otra imagen en movimiento, suprimiendo intermedios y saltando de acorde en acorde [...] Excuso decirte que desde hace tiempo soy creacionista». Está claro, que al producirse la separación entre el creacionismo y el ultraísmo, este último quedó debilitado y finalmente desapareció en 1922, mientras el creacionismo continuaba desarrollándose con la poesía de la tríada creacionista, Huidobro, Larrea, Diego, con los tres trabajando en lugares distantes pero manteniendo contactos entre sí mediante cartas que han sido dadas a conocer recientemente.

Larrea, que fue ultraísta solamente en un breve período durante 1919, practicó un creacionismo muy riguroso entre esa fecha y 1924. En 1926, cuando vuelve a París, conoce a los surrealistas, lee sus libros y se entusiasma por el lenguaje del surrealismo, pero no por su filosofía. De esta manera, un nuevo cambio se experimenta en su poesía, ya que accediendo de una forma más directa a su propia forma de expresión personal, libremente crea un estilo no automático, como quería el surrealismo, no cerebral, como quería el creacionismo, sino comprometido con la angustia metafísica que distinguirá su poesía de las demás expresiones de vanguardia a partir de entonces.

Es difícil, sin embargo, asegurar que Larrea fuese en algún momento ultraísta puro. Los poemas publicados por él en *Grecia*, en 1919, como los titulados «Sed», «Evasión», «Estanque» o «Esfinge», y que luego pasarían a *Versión celeste*, podrían considerarse ultraístas, ya que en ellos advertimos el gusto por las disposiciones caligramáticas y por la sorpresa de los juegos de relaciones semánticas insólitas. Pero sus juegos de imágenes y sus alusiones espaciales-geométricas evidencian ya el influjo poderoso de Vicente Huidobro y de los postulados creacionistas. Así, el poema «Sed», publicado en el número 24 de *Grecia*, en 1919.

Se advierte, además, como gesto muy personal de Juan Larrea, un intenso y agudo dramatismo, una clara sensibilización, reñida con la ortodoxia del ultraísmo, pero acorde, sin embargo, con el tono emotivo que preside la poesía creacionista. Otros poemas de este 1919 revelan, además, su asimilación muy personal del dadaísmo, del futurismo y de la concepción cubista de los efectos de plasticidad.

Un segundo estadio de su poesía vendría representado por poemas publicados entrada la década de los veinte, como el titulado «Centenario», aparecido como ho-

menaje a don Luis de Góngora en *Litoral*, y los poemas que figuran en los números de *Favorables París Poema*, como el titulado «Razón», en el número 1 de 1926.

El poeta logra dominar plenamente la denominada imagen autónoma, que no automática, que había propiciado la teoría del creacionismo. En esta «Razón», poema, mundo y poeta intercambian su conciencia existencial, integrándose el autor en planteamientos metafísicos que van más allá de la mera especulación plástica y profundiza en la introspección en busca de una poética y de un concepto válido del poema, significativo y pertinente, frente a la insignificancia del poeta, mero hacedor del poema.

Quizá, un poema como «Afueras periódicas», sea el más representativo del creacionismo de Larrea, ya que revela amargura, profundo escepticismo y desarraigo del mundo circundante. La imaginería innovadora de este poema pone de relieve no sólo una plasticidad insólita, muy próxima al cubismo, sino además la recóndita decepción del poeta protagonista (*Favorables París Poema*, 1, 1926):

El poeta ha cambiado mucho. Reside en París donde ha conocido en 1924 a César Vallejo que ejerce poderosa influencia sobre él. A Vallejo debe Larrea esa impulsiva emoción humana que distingue su creacionismo del de sus contemporáneos. Lo que Larrea quiere expresar en este momento no es un experimento estético, sino un estado de conciencia y revelar su interior por más difícil, turbio o desarticulado que pueda sentirse.

Posteriormente, Larrea escribió su obra poética en francés y fue Gerardo Diego quien la tradujo y la dio a conocer en España, tanto en la revista *Carmen* (1928) como en su *Antología* de 1932, donde incluye nada menos que veinticinco poemas, de ellos dieciséis traducidos del francés. Los poemas que escribe entonces profundizan agudamente en la introspección, mientras se desarrollan unas representaciones mentales insólitas, creando un verso libre de imágenes acumuladas y yuxtapuestas, que sugiere un evidente parentesco con la imagen visionaria o surrealista. Poemas presentes en la *Antología* de Diego como «Otoño IV el Obsequioso», «Posición de aldea» o «En la niebla» muestran bien este tipo de imagen desarticulada, ya que los versos de este poema responden a una interpretación más personal de su dominio de la imagen, aquí elaborada con una mayor intensidad metafísica, desprovista del cerebralismo huidobriano.

Otro aspecto muy interesante que se advierte en esta correspondencia es el relativo a los procesos de creación en su etapa de formación, por lo menos hasta 1924, que son distintos en cada poeta, aunque coinciden en sus dudas e inseguridades sobre su propia forma de escribir poemas y sobre sus propios proyectos y objetivos. Junto a estas cuestiones, comparecen en las cartas también los juicios que cada poeta hace sobre las creaciones del otro, los comentarios y sugerencias así como las objeciones

y dudas sobre tal o cual poema leído. Y, en el terreno de un tercer aspecto revelador de lo diferentes que eran, se pueden leer también en este conjunto epistolar las observaciones y comentarios sobre poemas de otros poetas coetáneos, y en este aspecto también resultan nuestros dos poetas diferentes. Mientras Larrea muestra muchas veces peros y reparos que dan la impresión de que él lo haría mucho mejor, Diego es más condescendiente e inclinado al elogio sin objeciones. De igual modo, como señalan los editores, mientras Juan Larrea solo valora aquellos poemas que responden a un arte de vanguardia original y rupturista, Gerardo Diego tanto valora los alardes de innovación como la capacidad de hacer bellos versos con materiales conocidos.

Así, cuando surge el creacionismo, Larrea manifiesta que ha encontrado el cauce adecuado para dar rienda suelta a su inspiración, mientras que Diego, aunque se lo apropia también como un nuevo cauce, en absoluto excluye su cultivo de medios tradicionales o más conocidos.

Y distintos fueron siempre y hasta el final. Algo que se evidencia de forma especial cuando comienza la Guerra de España, durante la cual esta correspondencia se interrumpirá, y, cuando se reanude, ya no será lo mismo. Las cartas que van desde el inicio de la contienda hasta el 15 de junio de 1937 dan cuenta en el caso de Gerardo cómo las atroces circunstancias que estaban viviendo producen en él un desplazamiento hacia los afectos inmediatos y familiares, mientras que en Larrea las epístolas muestran un pertinaz empeño en considerar los acontecimientos desde la perspectiva impersonal de la realidad política que el poeta vasco estaba convencido de habitar.

Las cartas de estos meses evidencian, en efecto no solo las diferentes posturas políticas de uno y otro, sino sobre todo los muy distintos puntos de vista desde los que consideran los sucesos del momento. Los editores dan muy buena cuenta de las distintas que fueron las complejas reacciones que ambos poetas dejaron escritas en sus cartas en estos años trágicos.

En suma, como muy bien concluyen los editores, estas cartas que Diego y Larrea se escriben «componen sendos autorretratos personales y poéticos de ambos autores, nutridos con notable pormenor y que permiten concretar y matizar las imágenes más conocidas de ambos».